los boulevares, desde el de la Magdalena hasta el de San Dionisio. Un regimiento de artillería y treinta y dos escuadrones de caballería se colocaron en la avenida de los Campos Elíseos y en diversos puntos de la línea de los boulevares. Las doce legiones de la guardia nacional de París y las cuatro legiones de los arrabales ocuparon los boulevares desde la calle de la Paz hasta el boulevard Beaumarchais.

Advertíanse numerosos claros en la guardia nacional, cuya actitud era bastante fria y poco simpática. No es esto decir con M. Luis Blanc (*Historia de los Diez años*, tít. IV, pág. 441) que se hallase la poblacion aterrada y como oprimida y que se observara por todas partes una especie de apatía mezclada de alguna desconfianza. El eminente libelista tiene la costumbre de exagerar el objeto que se propone, y de recargar sus colores. Sin embargo, era cierto que fermentaba hacia algunos meses un descontento visible en la gente media parisiense, y á ello habian dado ocasion las siguientes causas.

Desde las jornadas de junio de 1832, el gobierno de julio habia entrado en las vias de la reaccion y de la resistencia. Nacido de una revolucion, el realismo nuevo estaba condenado á luchar contra la revolucion. La insurreccion permanente habia renunciado al papel hipócrita, representado bajo la Restauracion: conspirábase á cara descubierta; en Vendée, el principio de la legitimidad tentaba una heróica locura; el principio republicano preparaba por do quiera, por medio de afiliaciones secretas, por medio de la prensa, por reuniones armadas ó por complots, una revolucion política y social. El régimen parlamentario, bastante mal comprendido, y mucho peor practicado por todos los partidos, aniquilaba y desconceptuaba el poder en luchas estériles; las licencias desenfrenadas de la prensa acababan por medio de calumnias incesantes, la obra de la disolucion. Cada dia se veia al jefe del Estado, á quien la Constitucion reconocia teóricamente inviolable, espuesto á la mofa pública y ultrajado en su vida privada.

Aconteció á la dinastía nueva lo que habia sucedido á la caida: vióse obligada á defenderse, y sus esfuerzos para reprimir la desvergüenza amenazadora de los partidos, le fueron imputados como crímenes. Este es el dilema que se presenta en Francia á todos los gobiernos, desde 1789, tienen que perecer de debilidad, ó emplear la violencia; sucumbir á los golpes de una libertad sin freno, ó poner una mordaza á la libertad. El rey Luis Felipe, adherido sinceramente á la libertad, comenzaba á tomar sus precauciones contra ella, y ya habian refrenado la licencia en sus escesos mas notables, diversas leyes sobre las asociaciones y los vendedores de papeles públicos.

Empeñada asi la lucha, no debia permanecer largo tiempo en el terreno de la discusion; el partido republicano, impaciente de la batalla, apeló al fusil. En 1833, París, Lyon, San Estéban, Grenoble, Marsella, Clermond-Ferrand, Arbois, Chalons-sur-Saone, Epinal, Luneville, asistieron á motines, á complots, á luchas sangrientas entre el ejército del órden y los facciosos; en Lyon, en donde las pasiones políticas tenian por auxiliares deplorables miserias, pero ciegas é injustas, la lucha tomó las proporciones de una guerra civil.

Vencedor en la calle el gobierno de julio, se habia hallado en 1834 enfrente de los embarazos de su victoria. En el mes de agosto de aquel año se habia evocado aquel famoso proceso, llamado de Abril, cuyo procedimiento se ha hecho tristemente célebre en los fastos judiciales. El poder puso en la defensiva tan poca mesura como habia puesto en el ataque. En lugar de distinguir entre los odios fanáticos de los unos, las utopias generosas y temibles de los otros, los estravíos escusables de estos, confundió y reunió torpemente á todos sus enemigos en una vasta acusacion de complot conexo y de complicidad positiva ó moral. Multiplicáronse sin necesidad los arrestos: fueron perseguidas dos mil personas; complicóse en el sumario de este proceso mónstruo á cuatrocientas cuarenta personas; acusóse definitivamente á ciento sesenta y cuatro, y oyóse como testigos á cuatro mil: la policía usaba en el ejercicio de su mision tutelar una aspereza de celo, un ardor de venganzas, diligencias llenas de suspicacia y desconfianza y procedimientos tenebrosos que daban á la represion un carácter poco simpático al espíritu francés.

El 5 de mayo de 1835 comenzaron por fin los debates de este proceso de Abril. Los acusados, en su mayor parte adversarios implacables y enérgicos del gobierno monárquico, se habian aprovechado del pedestal que les levantaba la jurisdiccion escepcional del tribunal de los Pares y de la poco acertada conexidad que concentraba y resumia en ellos toda la oposicion, para luchar de potencia á potencia con sus jefes. Y supieron hacer tan perfectamente por medio de sus protestas y violencias, todo procedimiento público, imposible, ó ridículo, ú odioso, que obligaron al alto tribunal á desacumular las causas para dividir los elementos de resistencia. A la mañana siguiente del dia en que se tomó esta decision, tal vez necesaria, pero indudablemente poco acertada, se manifestó la impotencia de la autoridad represiva por un nuevo incidente que puso de parte de la rebelion al público que se divertia en mirar esta lucha. Y fue que el 12 de julio se evadieron de Santa Pelagia veinte y ocho acusados de la categoría de París.

La opinion pública, no obstante, fatigada con estas guerras sin fin, aspiraba á la calma y á la conciliacion. Hubiera querido una amnistía general que hubiese pacificado las pasiones, y esta cuestion de la amnistía no llevaba á otro fin que á crísis ministeriales. La clase media amenazada gravemente por los teóricos militantes de las revoluciones, no se sentia defendida con bastante energía ó se cegaba como siempre sobre sus verdaderos intereses. La prensa moderada temia para sí misma los lazos con que trataba de sujetarse á la prensa licenciosa: el foro veia desconocidos sus derechos, y desconfiábase hasta del jurado. Solicitudes de pensiones levantaban una oposicion que jamás es tan general en Francia que cuando se trata de cuestiones de dinero. En fin, última causa del descontento, la actitud prudente del gobierno en el estranjero, inspiraba serios temores para la dignidad de la Francia.

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación